

Frontón: la enfermedad en el siglo II

FULGENCIO MARTÍNEZ SAURA
Instituto de Salud Carlos III

SUMMARY

The *Correspondence* of Fronto, is a work of invaluable worth on the knowledge of disease and the position of the Empire wealthy people in relation to it on the second century A.C. In this paper it has been studied the meaning of disease on their lives and its very close relation with the cultural pattern, their habits and mind.

La enfermedad, como tantos fenómenos que afectan al ser humano, posee su propia temporalidad; las formas de enfermar varían no sólo en función de la propia enfermedad, sino que dependen también de la situación del individuo, su estatus social, la edad, alimentación, residencia y, por supuesto, de la época histórica en que se produce el hecho de enfermar.

El siglo II de nuestra Era fué en Roma una época altamente conflictiva tanto social como políticamente; a pesar de ello, el mundo de la cultura tuvo grandes representantes y entre ellos hay que destacar a un importante médico, Galeno, que junto con otros como Sorano de Efeso¹, Rufo, etc., continuaron con el desarrollo de la medicina en la Urbe. Pero no hay que olvidar que la medicina, al menos en sus aspectos teóricos, formaba parte de la formación general que poseía cualquier romano culto, y por el contrario, para Galeno, «el buen médico es también filósofo»². En el presente artículo vamos a intentar efectuar el análisis de cómo se podía vivenciar la enfermedad en la época de Frontón, testigo de excepción de la Roma de entonces.

Entre los personajes influyentes y destacados de esta época destaca Mar-

¹ Sorano de Efeso trabajó entre 98-138 en Roma, perteneció a la escuela Metódica y escribió un famoso tratado de ginecología.

² Para un buen conocimiento de Galeno y su obra ver L. García Ballester, *Galeno*, Madrid, 1972. Un estudio abreviado de esta obra y del mismo autor se encuentra en *Historia Universal de la Medicina*, dirigida por P. Laín Entralgo, Barcelona, 1972, vol. 2, 209-267.

co Cornelio Frontón (90/100-167 d.C), tanto por su importancia como abogado en Roma, miembro del Senado, cónsul (143 d.C), como por el hecho de ser preceptor de retórica de Marco Aurelio y de su hermano en adopción Lucio Vero. De Frontón nos ha llegado un extenso *Epistolario* de misivas que envía y recibe de estos importantes personajes además de otros como Antonino Pío, Domicia Lucila (madre de Marco Aurelio) y diversos altos cargos de la Roma de su época, con las que tenemos una visión de «primera mano» de sus más ilustres contemporáneos. En estas cartas, se percibe la relación de profundo afecto existente entre el emperador Marco Aurelio y su maestro, pero también se puede apreciar el estado físico y anímico de Frontón, a través de lo cual podemos aventurar un diagnóstico tanto de los problemas de tipo orgánico como de su estado espiritual, que permiten conocer mejor la época en que le tocó vivir.

Entre los años 139 y 166, destacan en estas cartas la gran cantidad de comentarios dedicados a la salud que hacen todos los interlocutores, y en particular Frontón³ y Marco Aurelio. Además de estos comentarios, es importante observar también otros aspectos relacionados con la salud como son: referencias a tratamientos médicos, criterios sobre la salud, el ocio, los efectos beneficiosos del clima, los baños y, por supuesto, la actitud de los personajes ante la enfermedad. Dicha información nos llega de forma directa, sin que otros deformen sus opiniones, y con la espontaneidad propia de unas simples cartas, es decir, sin la pretensión de los documentos históricos ni el deseo de que pase a la posteridad lo que se está escribiendo.

Después de leer el *Epistolario*, caben las siguientes cuestiones: ¿Qué enfermedad padecía Frontón de forma tan persistente?, ¿cuáles son las enfermedades de que se quejan los otros interlocutores?, ¿qué referencias se pueden extraer de la obra en relación con la medicina y los remedios de entonces?, y, por último, ¿cómo reacciona espiritualmente Frontón a su situación física?, vamos a intentar contestar a estas preguntas de forma breve basándonos en los datos que poseemos y teniendo en cuenta el momento histórico en que transcurren los hechos.

Las quejas de Frontón sobre su estado de salud, comienzan alrededor del año 139, cuando tenía entre treinta y nueve y cuarenta y nueve años de edad. De las aproximadamente 212 cartas (muchas de ellas son simples fragmentos) que constituyen el *Epistolario* que hemos manejado (A. Palacios Martín, *Frontón. Epistolario*, Madrid, 1992), 79 están dirigidas por Frontón a Marco Aurelio y 48 a otros personajes. El resto son cartas dirigidas por estos y otros personajes a Frontón, la mayoría de ellas por Marco Aurelio. De las cartas escritas por Frontón (unas 127), al menos en 52 de ellas se hace referencia a

³ Algunos autores como Scarborough describen la personalidad de Frontón como la de un «enloquecido hipocondríaco». Creo que es exagerada esta apreciación ya que para poder entender su actitud es preciso enfocarla bajo el punto de vista de la situación anímica del enfermo crónico que era.

su estado de salud, comentando los síntomas que padece en cada momento y que la mayoría de las veces son síntomas osteoarticulares en codos, brazos, pies, rodillas, dedos de pies y de manos, espalda, cuello e ingles, de forma sucesiva o simultánea según los casos. La intensidad de estos dolores es variable, pues en ocasiones le impiden escribir, andar, etc., teniendo que guardar cama; otras veces no son tan incapacitantes. Según lo comentado en relación con la descripción de sus síntomas, edad de aparición, estatus social, ocupación, sexo, etc., además de la evolución mostrada en las sucesivas cartas, es lógico pensar que el mal que padecía nuestro personaje fue la gota. Esta enfermedad se caracteriza por ser una artritis inflamatoria que comienza de forma aguda pero con tendencia a las recidivas, producida por una alteración del metabolismo de las bases púricas y pirimídicas presentes en las proteínas ⁴, lo que da lugar a un aumento del ácido úrico (producto del metabolismo de dichas bases), en todos los tejidos corporales y al depósito en articulaciones y en la periferia de las mismas de cristales de urato monosódico ⁵.

La enfermedad se conoce desde hace por lo menos, 2.500 años. Hipócrates le dedicó seis de sus «aforismos», en los que describe algunas de sus características ⁶; otras referencias proceden de Celso ⁷, Plinio el Viejo, Escríbonio, Séneca y Galeno. Fue este último el primero en describir los «tofos», lesión típica de esta enfermedad, en las articulaciones de los enfermos de gota ⁸ en forma de pequeñas tumoraciones bajo la piel. La enfermedad ataca sobre todo a hombres (95%) de alrededor de treinta años, jamás a mujeres que no sean menopáusicas, y comienza generalmente por la afectación de las extremidades inferiores, sobre todo del dedo gordo del pie, y más tarde puede afectar al resto de las extremidades, tanto grandes como pequeñas, causando dolor e inflamación en ellas.

Frontón padeció de forma crónica esta enfermedad, que en estados avanzados como el suyo puede dar lugar a complicaciones sistémicas, como son hipertensión arterial, afectación renal, alteraciones oculares, etc., complicando su evolución e incapacitando aún más al enfermo. En sus cartas se queja de síntomas que van desde simples catarros, diarrea, dolor de garganta, que creemos son puramente accidentales, hasta otros, como el episodio descrito entre 154-156 con afonía, dificultad respiratoria y pérdida de conocimiento,

⁴ Las bases púricas y pirimídicas son estructuras químicas constituyentes de las proteínas, que en el metabolismo de éstas se convierten en ácido úrico que pasa a la sangre.

⁵ El urato monosódico se origina al combinarse el ácido úrico liberado en el metabolismo de las citadas bases púricas y pirimídicas con el sodio que está presente en todos los líquidos orgánicos.

⁶ En *Aforismos*, 6.28 dice: «Los eunucos no padecen gota ni se quedan calvos». En 6.29: «La mujer no padece gota, de no ser que le haya desaparecido la regla». Y en 6.30: «Un muchacho no padece gota antes de haber tenido un coito».

⁷ Celso, trata esta enfermedad en el Libro 4.31 de su obra, haciendo los mismos comentarios que aparecen en *Aforismos*.

⁸ Los «tofos» gotosos están constituidos por el acúmulo de cristales del urato monosódico ya comentados, rodeados de una reacción inflamatoria.

así como alteración del pulso y del que posteriormente Frontón parece reponearse a pesar de su mal estado general. Este cuadro clínico podría haber correspondido a una crisis hipertensiva o a una alteración del ritmo cardíaco, fenómenos ambos que podrían ser complicación de su gota. También el descrito el año 164, donde dice que ha padecido una seria «afección de los ojos», podría corresponder asimismo a otra complicación oftálmica de la gota, en la que pueden aparecer uveitis y conjuntivitis bastante graves.

Epidemiológicamente está demostrado que en la aparición de la gota, además de factores metabólicos, existen otros como el estatus social, obesidad, alimentación, ritmo de vida, etc., que tienen gran importancia y que en el caso de Frontón es indudable que si no produjeron, al menos favorecieron su enfermedad, ya que el hecho de pertenecer a una clase socialmente elevada, la buena alimentación con abundante carne y por lo tanto proteínas, la ingesta de vino, el sedentarismo, etc., fueron factores que contribuyeron a la persistencia de la enfermedad. Además de que los remedios curativos en su época eran, tanto en esta enfermedad como en muchas otras, muy elementales, pues como recomienda Celso ⁹, estaban basados en la sangría, purga con leche de burra, abstenerse del vino, fricciones suaves, fomentos, provocar la sudoración, etc. (remedios con los que es difícil contener esta enfermedad cuando sigue una evolución progresiva, como fué su caso), es posible que debido a la falta de ejercicio propio de una vida sedentaria, como debía de ser la suya, envejecimiento, etc., Frontón tuviera también con el paso del tiempo una osteoporosis ¹⁰, con lo que aún se agravarían más sus dolores osteoarticulares.

La enfermedad de Frontón también la citan Artemidoro (*Sobre los sueños* 4.24) y Aulo Gelio (*Noches Aticas* 2.26 y 19.10), opinando ambos que padecía de gota, lo que confirma el diagnóstico, ya que los autores antiguos conocían muy bien esta enfermedad, al menos en lo relacionado con su sintomatología.

Un hecho curioso es que esa «insistencia» frontoniana en comentar su estado de salud, llega a tener tintes hipocondríacos y acaba «contagiando» a sus interlocutores que también le cuentan a él sus padecimientos con mayor o menor extensión. Todos acaban aconsejándose unos a otros sobre los síntomas, medidas a tomar, pronósticos, etc. Con todo ello acabamos sabiendo que Marco Aurelio padecía de insomnio y era propenso a los catarros, que su esposa Faustina padeció un cuadro de fiebre que le duró varios días entre los años 145-147, que la hermana del emperador, Ania Cornificia, tuvo un «fuerte y repentino dolor en sus partes» por esas mismas fechas, y que la hija

⁹ Ver obra citada en donde recomienda varios tratamientos como purgar con leche de burra, poner los pies en la piedra «sarcófaga» que reduce la inflamación, etc.

¹⁰ Esta enfermedad se caracteriza por la pérdida de los depósitos de calcio y otros minerales constituyentes del hueso, con lo que éste pierde su solidez, se deforma y provoca dolores y otras manifestaciones patológicas.

de Marco Aurelio, también llamada Faustina enfermó por la misma época (moriría poco después si bien en las cartas que nos han llegado ninguna hace alusión directa a esto). Es precisamente en este intercambio de noticias tan insistentes sobre sus respectivos padecimientos en las que se basan los comentarios de autores como J. E. G. Whitherhorne para mantener la existencia de una actitud hipocondríaca en ambos personajes, así, este autor dice: «we can see that he was a kindly and rather simple person and more than a bit of a hypochondriac» refiriéndose a Frontón ¹¹. Los otros personajes que intervienen en el *Epistolario*: Vero, Victorino, Sardio, Loliano, Herodes Ático, etc., también participarán de estos intercambios informativos sobre sus respectivos estados de salud.

Aunque sean excesivas tantas alusiones a sus enfermedades y a las de sus familiares, hay que tener en cuenta que el romano culto, tanto de esta como de épocas anteriores, poseía nociones de medicina, o al menos de ciertos remedios medicinales, ya que desde los orígenes de la cultura romana ésta había sido una de las funciones desarrolladas por el *pater familias* en aquella sociedad rural primitiva, como afirman Catón, Varrón y Plinio el Viejo ¹². Por lo tanto no es de extrañar que los comentarios sobre la salud y la enfermedad formen parte habitual de los intercambios epistolares, aunque a veces incurran en exageraciones. Las alusiones a los médicos son muy pocas (ninguna de ellas a un médico concreto), aunque sí hay referencias a las actuaciones profesionales de éstos, como en la epístola número 62, en la que Marco Aurelio comenta que las enfermedades duraderas son sólo tolerables por el «cuidado diligente» y la «prudencia que impone el médico»; en la 119, en donde Frontón hace referencia al consejo de su médico de quedarse en cama tras un accidente en el baño, y por último en la 127, en la que dice que su médico le ha recomendado que tome unos baños después de haber estado tres días con «diarrea y retortijones».

Es indudable que el médico juega en esta época un importante papel social en el desarrollo de su profesión, aunque también es cierto, como ya hemos comentado que el romano ilustrado también participa en el conocimiento de su enfermedad, así como en el tratamiento de la misma. Esta situación aparece claramente demostrada en el *Epistolario*, a través de los consejos médicos que todos los interlocutores vierten en sus escritos, los ejemplos más demostrativos se encuentran en la epístola 25 cuando Marco Aurelio se ofrece a darle masajes suaves en los pies enfermos a su maestro Frontón, así como a ayudarlo a entrar y salir del baño; en la 60, en la que también Marco Aurelio dice que sus frecuentes resfriados se los trata untándose la cabeza

¹¹ J.E.G. Whitherhorne, «Was Marcus Aurelius a Hypochondriac?», *Latomus*, 36, 1977, 413 ss.

¹² Plinio describe la actitud de Catón contraria a la llegada de los médicos griegos a Roma, reproduciendo la carta de éste a su hijo Marco en la que le aconseja que evite ponerse en sus manos, ya que existe una conspiración de los griegos para acabar con los romanos, a los cuales desprecian (llamándolos «opici»). *Hist. Nat.*, 29.14 ss.

con aceite antes de acostarse, y en la 61, haciendo gárgaras con «agua mezclada con miel», es decir con hidromiel, tratamiento ancestral entre los romanos y griegos. Es curioso que en esta misma carta Aurelio le dice que ha estado leyendo el *De Agricultura* de Catón, en el que su autor recomienda diferentes tratamientos con plantas (col, granada, hinojo, etc.), vino, vinagre, aceite, etc. Este antiguo romano fue el símbolo de la defensa de la medicina tradicional romana frente a la helenística y griega, criticando ferozmente todo lo procedente de fuera que intentara adueñarse de las costumbres romanas tradicionales, como esos médicos griegos que ya en su época empezaban a acudir a la urbe para establecerse en busca de beneficios económicos y de fama ¹³.

También Marco Aurelio, en la carta 63 comenta cómo intenta combatir un catarro que le afecta al pecho «probando remedios» para evitar «que no quede nada por hacer por culpa nuestra». En su opinión, parece que la enfermedad es una especie de combate en la que «el mal físico» lucha contra «el empeño de mi ánimo por recobrar la salud», y donde queda claro que no luchan enfermedad y salud simple y llanamente, sino que en ella juega un gran papel la voluntad de sanar por parte del paciente lo que de alguna forma supone la intervención del espíritu para conseguir la curación.

En cuanto a Frontón, hace gala de erudición al decirle a su discípulo que le dé a su hijo leche para calmar su tos, ya que en su criterio éste es el mejor remedio para la garganta (carta 159). En la 165, Frontón le dice a Vero cuando ha sabido que éste ha estado enfermo y que ha mejorado después de estar tres días en ayunas y tener una hemorragia, que «según la opinión de todos, es reconocido y sabido por tradición que la sangre, cuando la hay en exceso, ha de extraerse rápidamente, pero después ha de reponerse poco a poco». Aquí hay que resaltar tres puntos de interés: el primero es que la hemorragia sufrida por Vero, y de la que ignoramos todo, la considera como si hubiera sido una oportuna sangría practicada de forma casual por la misma naturaleza del enfermo; en segundo lugar destaca la alusión al conocimiento empírico dado por la tradición, que es tan importante en la medicina de todos los tiempos y en particular en Roma; y en tercer lugar, que a la sangría ha de seguir un régimen de vida que poco a poco permita reponer la sangre que tan rápidamente se ha evacuado. Estos tres puntos eran compartidos por todos los médicos de la Antigüedad y desde luego también por las personas cultivadas.

Según los comentarios anteriores queda claro que existía un conocimiento más o menos amplio de la medicina entre los romanos, lo que les permitía aplicar ciertos tratamientos en su entorno familiar, aunque bastante limitados por lo general y basados en la medicina tradicional, pero cuando era requerida cierta especialización, se recurría a los servicios de un profesional cuya categoría y fama estaba de acuerdo con las posibilidades económicas del enfermo.

¹³ Ver referencia en cita anterior.

Entre las formas de tratamiento que se citan en la obra, además de los remedios farmacológicos más comunes (leche, hidromiel, aceite, etc.), aparece reseñada con frecuencia la balneoterapia, habiendo varias referencias a ella. En la epístola 25, Marco Aurelio, le pregunta a su maestro dónde va a «tomar las aguas»; en la 26, Frontón hace referencia al balneario de Baia (al que más tarde acudirá Marco Aurelio), donde existían unas grutas en las que se producían emanaciones termales de vapor de agua conocidas desde mucho antes y que también Celso cita en su libro ¹⁴.

También los sueños como acto terapéutico tuvieron relación con nuestro personaje, si hacemos caso de Artemidoro (ref. citada), que fué la máxima autoridad en interpretación onírica de su época, quien dice: «También Frontón, al precisar un remedio para la gota, soñó que iba de paseo por las afueras de la ciudad y que después de abrasarse con fuego sintió una notable mejoría». El mecanismo de curación descrito es similar al producido en los *Asclepeia* en donde tras la *incubatio* se aparecía el dios en un sueño provocado y proporcionaba los remedios adecuados a cada enfermedad. Se observa por tanto que en la época el mecanismo de curación a través de sueños más o menos inducidos seguía utilizándose, y hemos de recordar el caso de Elio Aristides ¹⁵, contemporáneo de Frontón, que tenía una relación muy estrecha con este sistema curativo, único eficaz en el tratamiento de sus múltiples enfermedades imaginarias debido a su fe en Esculapio. Recordemos también que Frontón es un hombre profundamente religioso, con una fe constante en los dioses «tradicionales» romanos y que en ningún momento llega a perder a pesar de sus múltiples desgracias.

Otro dato sanitario importante en la obra, es la referencia al clima de ciertas ciudades y a su influencia sobre la salud. Estas alusiones aparecen en la carta 137, en donde Frontón le escribe a su amigo Loliano Avito para decirle que un amigo común, que padece una enfermedad del pulmón encuentra dificultad para salir de su ciudad, Cirta (Numidia), ya que al tener allí un clima tan benigno teme dejarla para trasladarse a Roma. También en la carta 44, dirigida por Marco Aurelio a Frontón, le comenta que el clima de Nápoles, a pesar de ser bueno, tiene el inconveniente de que es muy variable. El concepto de que las variaciones del clima afectaban poderosamente a la salud es una constante en los escritos médicos de toda la época clásica, recomendándose siempre evitar estas variaciones y sobre todo las ocurridas durante el otoño, por ser esta estación la más peligrosa por sufrir mayores cambios de temperatura a lo largo del día. Marco Aurelio pasa unas vacaciones en el año 162 en Alsio, en la costa del mar Tirreno, desde donde inter-

¹⁴ Celso hace referencia a los balnearios más famosos de su época en Italia en particular a Baia, Cutilia y Sambruina. Al primero de los cuales lo describe como una «estufa natural» en el que se producen emanaciones con propiedades curativas (2.17).

¹⁵ Elio Aristides llegó a Roma el año 156, fué un sofista educado en Pérgamo, orador y escritor autor de los *Discursos Sagrados* en donde narra sus «encuentros con el dios».

cambia una serie de cartas con Frontón. En una de ellas (155), éste le habla sobre lo bien que lo debe estar pasando su «señor» en aquella localidad tumbado al sol, bañándose, navegando y disfrutando de los «regios banquetes».

Hay un hecho en las cartas que, también bajo el punto de vista sanitario, llama la atención, y es la gran cantidad de fallecimientos, sobre todo infantiles, a que en ellas se alude. Frontón mismo dice que él ha perdido cinco hijos, que debían de ser de corta edad, ya que eran «engendrados en medio de un luto reciente», es decir poco antes de quedar embarazada su mujer, moría el hijo anterior, y así hasta cinco veces. Solo sobrevivió su hija Cornelia Cratia (no Gracia como algunos sostienen), casada alrededor del año 159 con Aufidio Victorino, la pareja tuvo tres hijos, el primero de los cuales, Decimano, moriría también a la edad de tres años en Germania Superior, la provincia de su padre. Pero además en el tiempo que cubre el epistolario muere Faustina, hija de Marco Aurelio, y el hijo recién nacido de Herodes Atico, amigo de Frontón. Esto sólo entre los niños, pues entre los adultos en el epistolario se comenta la muerte de Cratia, mujer de Frontón, y la del hijo de su amigo Sardio en plena juventud. Vemos cómo a pesar de que los personajes aludidos pertenecen a las clases sociales más altas de Roma, tienen una proporción de fallecimientos muy elevada, reflejo del alto índice de mortalidad existente, sobre todo infantil, y por tanto de la corta esperanza de vida. Todo ello es debido a la falta de recursos terapéuticos y preventivos realmente eficaces contra las enfermedades infecciosas. En relación con la mortalidad en Roma, todos los autores están de acuerdo en que la insuficiencia del material epigráfico hace difícil una estimación, ni siquiera aproximada, de la vida media de la población, aunque es indudable un alto índice de muertes prematuras, como también queda patente en el libro. Asimismo es indudable que deben faltar en la recopilación algunas cartas, ya que en ninguna de las que nos han llegado se hace referencia a la muerte de Faustina, hija de Marco Aurelio; ni tampoco a la terrible peste (algunos dicen que debida a la viruela) que asoló el mundo romano y que fué traída por las tropas victoriosas de Lucio Vero en el año 166 al volver de su campaña de Oriente. Se trata sin duda de hechos que debieron tener su repercusión en tan abundante epistolario pero que no nos han llegado. Cuando se produce esta epidemia, Frontón es un anciano enfermo y entristecido, que en opinión de E. Champlin quizás no sobrevivió a sus efectos, por lo que debió de morir hacia el año 167.

Tras la muerte de su mujer y poco después de la de su nieto Decimano, junto con el lógico empeoramiento de su enfermedad, Frontón se hunde en una actitud depresiva; desde este momento (año 165) se queja a sus amigos de su destino, de su vejez achacosa y les comenta su deseo de morir. A pesar de todo, en la carta 210 le dice a su amigo Sardio, que también había perdido recientemente a su hijo: «no pretendo que dejes la tristeza, eso sin duda sería una vana pretensión mía, sino que no te dejes vencer por ella». Quizás dice esto con la intención de aplicarse el consejo a sí mismo en un intento

de superar tanta amargura como le embarga ¹⁶. Aunque Frontón está viejo, enfermo y desalentado ante los golpes que los dioses y la fortuna le han propinado, aunque dice que la muerte es lo único que puede calmar sus dolores físicos y espirituales y aunque, quizás, también es un hipocondríaco, es indudable que su actitud será digna hasta el final: no en vano es un estoico y además maestro de un emperador filósofo.

BIBLIOGRAFÍA

- André, J., *Être médecin à Rome*, Les Belles Lettres, París, 1987.
Champlin, E., *Fronto and Antonine Rome*, Harvard University Press, Cambridge M., 1980.
Gil, L., *Therapeia*, Guadarrama, Madrid, 1969.
Palacios Martín, A., *M. C. Frontón. Epistolario*, Ed. Gredos, Madrid, 1992.
Scarborough, J., *Roman Medicine*, Thames and Hudson, London, 1969.
Montero, S., «Religión de la ciudad y religión del campo en el *Epistolario* de Frontón», *Africa Romana*, 10, Sassari, 1994, 117-127.
Spencer, W. G., *Celsus. De medicina*, LCL, 3 vols., London, 1971.
Whiterhone, J. E. G., «Was Marcus Aurelius a Hypochondriac?», *Latomus*, 36, 1977, 413-421.

¹⁶ Según L. Gil, el estoicismo contribuyó poderosamente a inculcar en la mente de los romanos la necesidad de la «patientia» ante la enfermedad y a acatar los preceptos del médico (*Therapeia*, Madrid, 1969).

El empleo de la literatura greco-romana en el Pedagogo (I-II) de Clemente de Alejandría

JOSÉ M.^a BLÁZQUEZ
Universidad Complutense

En torno al año 177, el primer intelectual pagano de categoría que atacó de una manera inteligente al cristianismo, Celso (Orig., *Contr. Cels.* III, 4), acusaba a este último de reclutar sus adeptos entre gentes incultas y en los estratos más bajos de la sociedad: «Seguidamente aduce Celso —escribe Orígenes transcribiendo un párrafo completo de su adversario— entre ellos [los cristianos] se dan órdenes como las siguientes: nadie que sea instruido se nos acerque, ningún sabio, ninguna persona prudente (todo eso es considerado entre nosotros como males). No, si alguno es ignorante, si alguno insensato, si alguno inculto, si alguno necio, venga a nosotros con toda confianza. Ahora bien, al confesar así que tienen por dignos de su dios esa ralea de gentes, bien a las claras manifiestan que no quieren ni pueden persuadir más que a necios, a plebeyos a estúpidos, a esclavos, a mujercuelas y a chiquillos».

Hacia el año 200, Clemente de Alejandría ¹ escribía el *Pedagogo*, dirigido a la gente rica y culta de Alejandría ², una de las ciudades más pobladas y florecientes del Imperio Romano. La obra de Clemente dejó la acusación de Celso sin fundamento, pues el alejandrino hace en ella un uso amplio de toda la literatura pagana, en su intento de presentar el pensamiento cristiano.

¹ Sobre Alejandría, y Egipto en general, en época imperial véanse: AA.VV., «Politische Geschichte (Provinzen und Randvolker: Afrika mit Ägypten)», *ANRW*, II.10.1, 1988; AA.VV., *Alexandria e il mondo ellenistico-romano. Studi in onore di Achille Adriani*, Roma, 1984; AA.VV., *Roma e l'Egitto nell'antichità classica*, Roma, 1989; J. M.^a Blázquez, «La alta sociedad de Alejandría según el *Pedagogo* de Clemente», *Gerión*, 11, 1993, 185-227.

² *Clément d'Alexandrie. Le Pédagogue*. I-II, París, 1960-1965, 48. La edición es de H.-I. Marrou y la traducción de M. Harl y C. Mondésert. Del *Pedagogo* existe una edición española: A. Castiñeira y J. Sariol, *El Pedagogo*, Madrid, 1988. Sobre Clemente véanse S. Fernández, *Génesis y anagénesis. Fundamentos de la antropología cristiana según Clemente de Alejandría*, Vitoria, 1990, con abundante bibliografía; L.F. Ladario, *El espíritu en Clemente de Alejandría*, Madrid, 1980.